

CUENTO N°143

TÍTULO: MI CONEJA FAVORITA

SEUDÓNIMO: KARAMAZOV

AUTOR: EDUARDO ENRIQUE OSORIO ACUÑA

MI CONEJA FAVORITA

Cuando pequeño, mi primera foto fue con un conejito de verdad en mis brazos, de esos que criaba mi abuelo, y le llamé "nonejo" en mi escasísimo dialecto de la época.

Debo haber tenido unos tres años.

Luego crecí y me entretuve con objetos.

Revistas, juguetes, relojes a cuerda.

A estos últimos, los zambullía en la tina para detener el tiempo, y con mucha alevosía de mi parte, debido al horrible ruido de la campanilla, sí, esa de lata que sonaba en la mañana temprano para anunciar el nuevo día y partir a la Escuela.

Olvídense de las tandas.

Esas sí que lo eran.

Si miran mis fotos actuales de hecho, y debido al trauma infantil, en ninguna salgo con reloj, salvo cuando obligatoriamente para algún tratamiento u otro acto, tengo que estar pendiente de la hora.

Bueno, pero voy con el relato que tiene que ver con la infanto-adolescencia que siguió a esa época tan preciosa de mi vida cuando pasé de la euforia a la tristeza, del amor de niño al de un joven, de la inocencia a la puerilidad.

KARAMAZOV (2)

Mi padre, empleado de una firma judía, nos daba un buen pasar a mí y a mis hermanos, siete en total, y aunque vivíamos en un barrio popular cerca de la Plaza de Armas en Santiago, nuestras costumbres eran muy como cuicas.

Un vehículo para llevarnos a pasear y de vacaciones, cero necesidad dentro de los cánones normales, buena educación y además dándose la maña nuestros progenitores para vestirnos y vestirse muy bien, sin descuidar nuestra presencia.

Por ejemplo ir al peluquero cada 15 días, y acá es cuando yo empiezo por ahí por los once años a acompañarlo a "cortarse el gato" como se le decía a ese acto en el barrio.

El peluquero era un señor, ya casi maduro, que cojeaba visiblemente llamado Manuel Muñoz.

Y no me van a creer que dada mi ingenuidad y la de otros cabros de mi edad, este figaro pasó a ser un héroe entre nosotros porque un gran jugador de fútbol de aquellos años, se llamaba igual, por lo que a alguien se le ocurrió la "felonía" de inventarnos que se trataba de él en persona, y que había tenido que retirarse del fútbol pues se había lesionado gravemente de la pierna rengona esa.

Hasta aquí la cotidianeidad del acto no trasciende, pero sobrevive una arista muy especial.

Resulta que el para mí famoso deportista jubilado y mejor peluquero, mantenía en sobre una mesa ratona en su salón de dos sillones y con un ayudante de aliento

horrible, unas revistas de papel satinado y porno para la época, conteniendo imágenes de lindas mujeres en ropa interior y luciendo trajes de baño provocativos. Nuestros papá, y tíos del barrio entonces, se daban un pláceme mirando esas revistas gringas de papel satinado llamadas "Play Boy", cuya característica principal además de las rutilantes mujerazas, era un símbolo de conejo y con orejas de los gazapos en sus cabezas, por lo que se les llamaba conejitas.

Pero de la gran cantidad de esas rutilantes rubias generalmente, y que mes a mes iban alimentando la erótica "revisteca", desde el principio hubo una que me cautivó, y que el mismísimo Muñoz había conservado en un cuadro con un vidrio como una obra de arte, colgándola de la pared y en el lado opuesto a los sillones para que sus clientes la miraran en el espejo, sin siquiera moverse...jajajaja.

Era el rostro, picarón y bello, de una gringuita de unos 30 años, ni flaca ni gorda para mi manera de calificar al cuerpo femenino en ese entonces, de pechos turgentes, ni grandes ni chicos, con shorts rojos y vistiendo una polera amarilla, asomada a un balcón, y de una estatura ideal, pero rrrrrrica.

Fue el acabose, y mira lo que son las cosas, a mi edad quedé encandilado, y tanto que me olvidé de las Disneylandia y Hopalong Cassidy de nuestro kioskero favorito, para entrar de lleno a un limbo, o algo así como un sueño.

Me la imaginaba camino a la Escuela acompañándome, o en las tardes, a mi regreso, asomada en la ventana de la casa de una vecina copuchenta, cerrándome un ojo.

Fue tal la obsesión que comencé a ir a la peluquería hasta por si acaso, y a pesar de no tener motivos, me sentaba en la pequeña escala de acceso, y desde ahí la miraba, la admiraba, amén que Muñoz debe haber pensado que yo iba a mirarlo cortar el pelo y hasta se habrá imaginado que yo querría ser peluquero cuando grande. No reparaba más allá digo, pues de haberlo hecho, capaz que se hubiera quedado con la oreja de algún cliente en la mano, navaja de por medio.

En mi vida, este nítido pasaje duró años, que alimenté acompañando a mi padre a "encacharse" su pelo, y por supuesto, me bajó por ser un fanático del estilo regular-corto, lógico, pretexto para ir más seguido al salón y extasiarme con la bonita chiquilla. Ahí nacieron mis fantasías eróticas.

Luego, debí arreglármelas para contenerme o darles alivio bajo mis sábanas frenéticamente, uff, costumbre, que de haberla sabido mis progenitores o aún más, mis abuelos o mi Profe Natalia, me habría costado no tan solo un coschacho.

Bastaba ver tijeras, oler colonia o toparme con una mujer parecida en mi difareo, para ponerme cachondo como llamaba el coño de la panadería del barrio, a ese estado erótico.

KARAMAZOV (5)

Amor de la más auténtica pasión, y tanto, que la música que siempre escuchaba Muñoz, en su radio Telefunken, de moda por ese tiempo, la tarareaba todo el día imaginándome con mi propia "Conejita Play Boy".

Fue una locura, y si hubiera escrito en aquella época, creo que habría andado a la altura del libro "El niño que enloqueció de amor" de Eduardo Barrios.

Pero, no contento con dicha experiencia virtual, es que ya teniendo uso de razón, incluso habiéndonos cambiado de barrio y sin adelantos a la sazón como Internet, me di a la tarea, ya de unos 14 años, a ubicar en las librerías de viejo de calle San Diego, colecciones de los Play Boy, lo que todavía era visto con malos ojos por los clientes de mi edad, cabros que buscaban libros de Verne o Papelucho recomendados por sus profes.

Hasta que cierto día di con la portada, y con mi enamorada semi arrugada de tanto ser admirada y ojeada u hojeada, da lo mismo.

Ahí mismo me quedé con la imagen de ella por unos buenos escudos, nada de barata por lo demás. La atesoré, leí su nombre: "Barbarita", la besé en mis ramaladas de intensidad lasciva, y en homenaje a ella me corrí varias veces en mi litera, mientras mi hermano menor roncaba en la parte superior creyéndose un cowboy de las praderas.

Por mi parte, la guardé en la parte superior del closet como un tesoro.

Nunca dejé de mirar la vieja revista, tal como después empecé a ver a mis pololas de carne y hueso, sin embargo, les cuento que nunca la olvidé y hasta hoy.

Sin embargo, créanme que cincuenta años más tarde, me di a la tarea de averiguar en publicaciones por Internet, que recopilan la vida de Hugh Hefner editor y fundador de la revista Play Boy, escribiéndole, y para ver si me podía dar luces de quien era esa belleza, un alter ego para mí. Mucho tiempo después, sin embargo, abrí mi correo y recibí con sorpresa, una escueta contestación en inglés de un fulano que tuvo la amabilidad de compadecerse de este macho latino y sentimentaloides. Me informaba que "Miss January" (enero) de un año de esos, la rubia en cuestión para mi suerte, correspondía a Leyla Smith de 28 años "conejita del mes", quien luego de haber formado parte del equipo-harem de Hefner, intentó actuar en alguna película holywoodense sin resultados, casándose finalmente con un jeque petrolero, muriendo a la edad de 50 años en el naufragio del yate de su esposo.

Bueno, me las lloré todas, de verdad, y ahora en especial, porque coincidentemente suena en la habitación de al lado en Cirugía Oncológica del Hospital, una radio FM que lanza al aire a la hora crepuscular de los recuerdos, el "Te llevo bajo mi piel" que canta Frankie Valli y Los Four Seasons, "I've got you under my skin" o algo así, una muy recurrida melodía que también tarareaba el cojo peluquero. (FIN)